

ticia que espera y necesita y pide el maestro rural.

A la fecha van publicados cien folletos, numerados en tomos de veinte. La supresión de empleos que sumarían aproximadamente \$ 60.00 diarios para Directores parciales de publicaciones sueltas, ha significado para el gobierno un ahorro de \$ 48.00 diarios y un control eficaz en las publicaciones.

Los libros no se han agotado. Puede estar seguro el señor d'Ors de recibir todavía una colección completa de clásicos para su sala. Los ratones saben muy bien que en los Talleres de Encuadernación existen todavía inagotables miles de miles de indigestos banquetes.

Ahora bien, el que no se hayan hecho más libros verdes este año ¿significa que no pueden hacerse en cualquier momento traducciones de idiomas fáciles, o simples reimpresiones de libros que cualquier mediocre aficionado a la lectura conoce ya en inglés o en francés? El Lic. Vasconcelos tenía la idea de que toda obra importante se tradujera al español. Yo me atrevo a pensar que es mejor enseñar las lenguas extrañas. Porque traducido, se puede conocer el Fausto; sabiendo alemán se puede leer todo Goethe.

Podría pensarse, en leyendo la nota de d'Ors, que el Dr. Puig es enemigo de los clásicos. Si lo fuera, no habría permitido la ejecución, que tuvo lugar ya toda bajo su Jefatura de la Secretaría, del tomo II de las *Lecturas Clásicas Infantiles* que acaban de ver la luz. Ni habría acordado favorablemente la edición de la *Rusticatio Mexicana* en la traducción del Padre Escobedo. Ni habrían seguido preparándose, como se está haciendo, volúmenes de teatro moderno. El término «Clásico» no puede todavía en nuestro siglo aplicarse por igual a Tolstoi y a Eurípides. Y se entiende que el programa, si lo hubo definido y claro, de estas ediciones de la Secretaría de Educación, incluiría toda obra renovadora, moderna y redentora. Ibsen y Shaw, y aun, por condescendencia con la opinión corriente, Shakespeare.

No tema, pues, el hombre que trabaja y que juega, que dejen de publicarse, en lo futuro, libros que le interesen conocer. Comprenda que era indispensable siquiera por un año en que nuestro país puso todo su esfuerzo en constituirse moral y económicamente resolver el doble problema del hambre de pan y el hambre de alfabeto. Ya muy pronto podrán servirse los postres.

SALVADOR NOVO

México D. F.

José Vasconcelos

Por una de esas inflexibles costumbres que son entre nosotros como hermanas carnales de nuestros vicios, se hace en torno de nuestros valores un vacío y un silencio, ya de admiración o de asombro, ya, también, de ingratitud o de envidia. Apenas si al instante en que estos valores amenazan dejarnos — o nos dejan — un impulso, a menudo un remordimiento, nos hacen expresar nuestra gratitud y nuestro juicio, cuántas veces en forma de homenaje póstumo.

Confesemos que con José Vasconcelos algo de esto había peligro de que sucediera. ¿Por qué esperar su partida, su alejamiento, aunque éste sea solamente físico, para romper nuestra admiración silenciosa? Por mi parte, muchas veces he sentido el imperioso movimiento de decir a todos los rumbos, de repetir al principio de cada estación del año, con la constancia del calendario, cuánto de admiración y ejemplar reside en Vasconcelos. La intención no basta. Por eso me impongo ahora la penitencia, la delicada penitencia de escribir algo de lo que de él pienso, y lo que en él más admiro.

Digamos de una vez que pertenece al pequeño grupo de hombres cuya aparición no es frecuente en nuestra historia, y cuyo solo nombre basta para ayudar a fijar el contorno de la época que los siente, afortunada, vivir. Pocos espíritus como el suyo se han afirmado para nuestro mundo ideológico en los últimos quince años. Para contarlos basta una sola mano. En esa mano Vasconcelos merecería ser el dedo de en medio, el dedo mayor, si olvidáramos que ese dedo es torpe entre los otros ágiles. Mejor, pues, asignarle el índice, que como la flecha incansable de la brújula, vigila y orienta.

Vigía de avanzadas es el pensamiento del mexicano filósofo que quisiera armonizar el mundo con preceptos, más que morales, estéticos. Sus teorías tienen, como la danza que estudia y prefiere, el ritmo ondulante y diverso que es la esencia mejor del hombre.

Sus libros de ahora, muchos de los cuales son ya de los mejores, serán, con los de mañana, insubstituíbles.

Hombre de América, su ideal sobre la solidaridad de los pueblos hispánicos está lleno de realidades. ¡Qué distinta su voz de la del falso profeta hispanoamericanista caído en una cisterna sin resonancia! «Espíritu continental, Romain Rolland de América, emancipado de la estrechez de los nacionalismos, hombre de dilatada visión histórica de *weltburger*», lo ha llamado un pensador de España.

Llena de ideas de unidad, la pasión romántica de sus teorías se ajusta en líneas clásicas: que no van más allá de las proporciones asequibles al poder de la inteligencia y de la acción humanas.

Oriente de impulsos colectivos fué, entre nosotros, Vasconcelos. Señalado, escogido el sitio, hombre de acción, dióse a dar forma arquitectónica a su idea, a su cierta idea de la educación. Las masas y las minorías cupieron en el edificio suyo, modelo de ellos.

Su tarea de educación había de señalar rumbos y trazar caminos, lejos, cerca. Su tarea de educación había de levantar admiraciones en los espíritus atentos al pulso del mundo de occidente. Eugenio d'Ors, que observa y define los síntomas del gran organismo social, desde su Glosario anotaba con caluroso interés el suceso que se desarrolló a nuestra vista tantas veces indiferente. «La obra de plasmación del alma popular por la educación que realiza Vasconcelos, me apasiona como la de Lunatcharsky». Todos los que conocemos la obra del pensador catalán, sabemos que no es pródiga en elogios—más bien ceñuda que alborozada,—y que su pasión, serena siempre, es pasión meditabunda. En la historia de nuestra cultura popular, Vasconcelos será, como el ruso comisario de educación, un índice. No importa que su obra, continuada en un principio, a la hora de su separación, por manos conscientes, se haya detenido ahora entre la impericia de otras manos.

Hijo del culto clásico, prefirió—y prefiere—las cosas que persisten sin excesivo brillo, no tampoco sin él, a las que ciegan de luz: pero que, al fin se escapan.

Su campaña es, naturalmente, la de la cultura—como deberá ser la nuestra, en la que tendremos que agotarnos.

Una generación revolucionaria, la suya, no tenía que ser una generación espontánea. El hombre es fruto de cultura; en ella ha de persistir.

Sabe el Maestro Vasconcelos mantener y legar la continuidad espiritual, que es como el apellido de la gran familia de los hombres que piensan.

Su obra ha resonado en todo el mundo de occidente. De lejos su figura cobra dimensiones justas y luz propia. En la cercanía, la blandura de su amistad oculta la firmeza de su esqueleto.

Ahora, a medida que se aleja, físicamente, lo aquilatamos con más integridad y pureza.

XAVIER VILLAUERRUTIA

México, D. F.